

DE NUEVO EL "BIG STICK"

I

La figura bostoniana de John Kennedy pareció anunciar tiempos mejores para las relaciones de Latinoamérica con Estados Unidos. Los sectores más progresistas —es cierto— nunca se ilusionaron demasiado, hasta el extremo de suponer una jibarización del imperialismo por el hecho de encabezarlo políticamente un hombre moderno, culto e inteligente. No. Pero —al menos— se estimaba posible un nuevo estilo, más franco, más sincero y —sobre todo— más realista.

El paso de Kennedy por el gobierno de Estados Unidos significó para los latinoamericanos, tal vez un poco más de lo que era dable esperar. Por segunda vez en la historia norteamericana —la primera fue Roosevelt— un mandatario se atrevía a esconder —no nos atrevemos a decir que a eliminar— el gran garrote, para reemplazarlo por palabras disuasivas que, a veces, se transformaron en garrote, como en la invasión a Bahía Cochinos, en Cuba, pero no constituyendo una tónica general de la doctrina puesta en práctica en las relaciones con Latinoamérica. Bahía Cochinos —¿se acuerdan, hace 4 años?— fue explicada después de la derrota como una felonía del Servicio de Inteligencia norteamericano, y no como una medida desacertada de los asesores políticos del Presidente. Es decir —contrariamente a lo que ahora ocurre— se trató de achacar la responsabilidad del hecho a círculos que no representan el planeamiento de una política, para dejar al Departamento de Estado libre de toda culpa. Ahora, en cambio, las felonías sucesivas del Departamento de Estado y el Pentágono en Vietnam y Santo Domingo no son explicadas en ninguna forma. Sencillamente, se actuó de una manera determinada, porque así convenía a los intereses de Estados Unidos. Ni la CIA ni nadie son responsables. Porque no hay responsables.

Antes, siquiera existía el complejo de culpa, una especie de sentimiento que acicateaba la conciencia de la "intelligentia" de Harvard que rodeaba a Kennedy. La invasión a Cuba —que por lo menos fue ejecutada por cubanos— era como un acto fallido que incomodaba a los sectores más allegados al Gobierno, porque no representaba el modo de pensar de dicho grupo. Ellos estaban conscientes que constituían una reedición del "new deal" de Roosevelt, y el entierro —más aparente que real— del sistema tejanero en las relacio-

nes internacionales. La concesión de Bahía Cochinos —seducidos por un mal informe de la CIA— la hicieron intranquilos, molestos, preocupados. ¿Y si fallaba?. Y falló. Con estrépito, la política del reeditado "new deal" se venía al suelo, se hacía mil pedazos, arrastrando consigo las esperanzas de millones de ilusos que creyeron ver en los gobernantes norteamericanos de entonces a los representantes de una tremenda "Revolución en Libertad" a escala internacional.

Se dijo que Kennedy y los suyos eran una cosa, pero que el Pentágono era otra. ¿Y la CIA? ¿Y los petroleros? ¿Y los intereses metalúrgicos? ¿Es posible esperar una política aceptablemente digna hacia el exterior, de un país donde pugnan por la predominancia los más poderosos consorcios con intereses en todo el mundo? ¿Qué es un Presidente, en esas condiciones, sino un mero representante de esos intereses?

Es más: ¿Qué le ocurre a un Presidente si no camina con la corriente...?

II

La invasión de los "marines" a la República Dominicana —en cambio— tuvo características diferentes. Insistimos: el fondo es el mismo, y muestra siempre la cara sucia del imperialismo. Pero —es necesario dejarlo muy en claro— Bahía Cochinos inquietó a los agresores, los incomodó. Santo Domingo los regocijó. No fue un acto fallido, sino consciente, pleno, producto de un total entendimiento CIA-Pentágono-Departamento de Estado. He ahí la diferencia, y ¡vaya! si es importante en las relaciones de los países imperialistas con las naciones pequeñas y débiles.

La agresión a la República Dominicana no es sólo la violación más o menos descarada de los manoseados principios de "no intervención" y "autodeterminación de los pueblos". No. Es mucho, muchísimo más.

En honor a la verdad —y aunque se enojen los sesudos internacionalistas que tanto abundan— esos principios son hoy el hazmerrear de todo el mundo. Nunca nadie los ha respetado —hablamos de Latinoamérica—, con la excepción, atterradoramente solitaria, de Chile. En la Organización de Estados Americanos (OEA), es más importante siempre encontrar justificación para las continuas agresiones de Estados Unidos contra los pueblos latinoamericanos, que defender, cuando es oportuno y necesario hacerlo, la "autodeterminación" y la "no-intervención". Esto, claro está, cuando el agresor es, que siempre lo es, Estados Unidos. Entonces, se habla del "peligro comunista", de "la democracia que sucumbe", y otras insensateces que nada tienen que ver con el fondo de la cuestión debatida: la intervención armada de un país en otro.

Hace un tiempo se expulsó a Cuba de la OEA porque se "descubrió" —nótese bien, hubo que "descubrirla" —una intromisión de ese país en los "asuntos internos" de Venezuela, que —dicho sea de

paso— dejan de ser tan “internos” para convertirse en externos cuando se encuentra de por medio Estados Unidos. La prueba para acordar la expulsión fue más que convincente: se “descubrieron” armas de fabricación cubana en territorio venezolano. Luego, los cubanos estaban invadiendo Venezuela. Por supuesto, no se encontraron soldados cubanos, ni siquiera un uniforme, porque no los había.

Ahora, ya casi son 50 mil los soldados norteamericanos que hay en Santo Domingo, desde que los primeros “marines” entraron en la isla hace un mes. La OEA nada ha dicho, y nada dirá, mientras todos los días siguen llegando tropas extranjeras a una nación soberana que debió proteger, de acuerdo a la Carta que los países miembros firmaron —Estados Unidos entre ellos— pero cuyas letras están más muertas que la doctrina de Roosevelt y Kennedy.

III

El Presidente Lyndon Johnson dijo hace un tiempo en una entrevista de prensa: “No pienso quedarme sentado en una mecedora mientras los enemigos de Estados Unidos hacen y deshacen”. Toda una filosofía, toda una política, y —más grave todavía— una manera de pensar y de actuar.

Ya no caben dudas que el señor Presidente no se queda sentado en una mecedora. Aparte de involucrar sus palabras una grosera alusión al Presidente Kennedy, retratan su espíritu violento, belicista y agresivo. ¡Qué distinto al del asesinado ex-mandatario suena su lenguaje, y qué parecido al que usaban Teodoro Roosevelt, Harry Truman y Dwight Elsonhower! Hoy, uno no sabe si aceptar que a Kennedy lo mató un insano... así tan simplemente, o, como muchos piensan sin atreverse a decirlo a gritos, una maffia cancerosa que ha introducido sus metástasis en los órganos vitales del pueblo norteamericano.

El Jefe de Redacción.